

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID	
Por mes.....	1
Trimestre.....	2,50
Semestre.....	5
Año.....	10
PROVINCIAS	
Tres meses.....	3
Sem.	6,50
Año.....	10
Extranjera y Ultramar..	3 pesas
CORRESPONSALES	
26 números de EL MOTIN.	2,50
NÚMERO DE EL MOTIN	15 céntimos.

EL MOTIN

PERIODICO SATIRICO SEMANAL

ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principio

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 3, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria calle del Obispo, 56.

NÚMERO ATRASADO
25 céntimos.

DEBER Y CORTESÍA

Voy á contestar punto por punto al artículo que me dirige *La Unión Republicana*, de Pontevedra, con fecha 13 del actual. Para los vocingleros serviles, escritos como el que firmé en el *Extraordinario* del jueves último; para los que disienten de mis ideas y me combaten con rudeza, pero hacen justicia á mis intenciones, escritos como el presente.

Siempre he creído que me honraba conteniendo con los periódicos de provincias; si alguna vez no lo he hecho ha sido por que las condiciones materiales de *EL MOTIN* me lo impiden. También he creído siempre que es más meritorio ser periodista republicano en una capital de provincias que en Madrid. Aquí hay más medios de defensa, más libertad, y se gana á la vez más renombre y más consideración.

Pero vamos con el artículo.

El colega está ya persuadido, como *EL MOTIN*, de que todos hemos ido por mal camino y perdido el tiempo lastimosamente; de lo que no está seguro es de los medios que voy á emplear en favor de la instauración de la República. Mas hable *La Unión*:

«Nosotros buscamos ésta (la instauración) mediante la unión de las ideas, porque ellas son la norma de todo procedimiento racional dirigido á un fin claramente determinado. *EL MOTIN* la ha buscado hasta ahora mediante el hacinamiento de los hombres, pretendiendo hacer de la voluntad de todos una fuerza bruta, que á guisa de ariete se pueda lanzar contra los muros de la monarquía por la acción combinada de dos ó tres autoridades para él discutibles.»

He pretendido y pretendo eso, no para que se lancen esas fuerzas contra la monarquía en cualquier momento y ocasión, sino para que estén organizadas y dispuestas á secundar, sin apresuramientos, pero sin vacilaciones, las iniciativas que conviniera tomar en un instante determinado. Si esto hubiese estado hecho cuando el conflicto de las Carolinas, ó después al morir el rey, la República estaría ya establecida. La unión de las ideas es imposible en un país donde se forma un partido, como el centralista últimamente, sin una idea que no tuvieran en su credo los ya formados.

«Cuando *EL MOTIN* quiso encerrarnos en aquel dilema: con tres ó dos jefes sí, pero con uno solo nunca, nosotros eumudecimos, porque no sabemos razonar con quien deliberadamente se pone fuera de la lógica.»

No veo la falta de lógica. Si los republicanos hubieran imitado en todas partes á los de Salamanca, Valladolid y algún otro punto, uniéndose sin contar con nadie, y dando así una prueba de independencia y amor á la causa, un jefe solo hubiera podido resolver la cuestión; y al decir jefe, claro es que acompañado de su partido, sin lo cual todos valen bien poco; pero dos partidos juntos hubieran despertado á los dormidos, animado á los cansados y ofrecido garantías á los que sintieran deseos de ayudarnos. Además, en los instantes que tal dije había que evitar un peligro: que la masa dispuesta á la unión desconfiase, creyendo que se trataba de ponerla á las órdenes del Sr. Zorrilla, como imprudentemente decían sus partidarios.

La Unión cree que la República vendría en menos tiempo que se dice el día que por nosotros mismos abriésemos el camino recto para llegar á ella, y expresa su pensamiento en esta forma:

«Sí, Sr. Nakens, más pronto que se dice. Haga usted comprender al pueblo cuál es la forma menos engañosa y por lo tanto más democrática de expresar su vo-

luntad; cuál es el sistema de legislar en que él pueda tomar parte directa; cuáles los ministerios precisos, ni uno más ni uno menos, que han de constituir el nuevo régimen y han de echar al suelo cuantas superfluidades componen el organismo monárquico, y verá si la República es pronto un hecho, si aparecen generales que nos ayuden y nación que acepte con gusto la implantación de nuestros ideales.»

¡Ay, querido colega! ¿Qué convencimiento puede llevarse á una nación que presencié las torpezas del 73 y sabe que los mismos hombres van á gobernarla? ¿Cómo va á haber generales que nos ayuden mientras el Sr. Pi continúe predicando contra el ejército? ¿Cómo no ha de temerse que al día siguiente de proclamada la República se echen al campo los carlistas, cosa fácil de remediar por hombres de resolución y energía, pero difícil de contrarrestar por los que gobernaron entonces, excepción hecha de Castelar, único que dió en este punto muestras de patriotismo y de hombre de Estado? ¿Cómo llevar á la nación el convencimiento de que venimos á reformar mucho, sí, pero á gobernar mucho también, mientras se le hable de pactos y de regiones autónomas? En tanto que haya hombres que prediquen en tal sentido, no inspiraremos confianza á nadie, el temor á lo uno, impedirá ver las ventajas de lo otro.

«Nosotros creemos que lo principal es trazar los planos del edificio, prefijando sus condiciones en consonancia con las necesidades de todos. *EL MOTIN* con otros muchos entendía hasta ahora que lo primero es derribar la monarquía aunque luego nos destruyamos en fratricida contienda al tratar de construir la República.»

EL MOTIN ha creído y cree que lo primero que se necesita para edificar es terreno, y estar en condiciones de adquirir los materiales. Si cada cual tuviéramos los edificios que hemos construido con los planos que hemos trazado ¡qué bien instalados estaríamos todos! El que más y el que menos hemos alzado en nuestra imaginación mejor que todos los conocidos. Póngasenos en condiciones de edificar, y lo de los planos será cuestión secundaria. Por eso he entendido y sigo entendiendo que lo primero que hay que hacer es derribar la monarquía. En un mes de gobierno se adelanta más que en seis años de propaganda. Respecto á que no me importa que después del triunfo nos destruyamos en fratricida contienda, ¡qué he de decirle sino que precisamente para que esto no suceda he emprendido la presente campaña! ¿Para evitar que se entable una lucha de mesnada entre zorrillistas, pifistas y salmeronianos? ¿Para que se depure bien, ahora que el país no sufre las consecuencias, lo que cada cual pretende?

«Estaremos en un error; será más tardío este procedimiento que nosotros adoptaríamos como único, si nos fuera lícito elegir; pero los hechos no han demostrado hasta la hora presente que otro sea más práctico. Si arma al brazo estamos esperando la voz de avance, es porque la República, cualquiera que sea, es preferible á esta inveterada corrupción monárquica que por contagio nos ha hecho ineptos hasta para pensar con acierto en lo que más nos conviene.»

Pues por todas esas razones; por ser preferible la República, cualquiera que sea, á la corrupción monárquica, que nos impide hasta pensar con acierto en lo que más nos conviene, sostengo que debemos dedicarnos á cazar la liebre en vez de perder el tiempo discutiendo acerca del guiso. Si hemos llegado al extremo de no saber ya pensar, ¡qué va á ocurrir si continuamos disciplinados otros diecisiete años? Indudablemente sería preferible unirnos por

las ideas, y aguardar tranquilamente á que éstas se impusieran por sí solas; mas para esto sería preciso modificar antes todas las leyes de la naturaleza y todas las enseñanzas de la historia, que nos dicen que no hay alumbramiento sin dolor, ni progreso alcanzado sin luchar contra la tradición en el terreno de la fuerza.

«Leemos atentamente *EL MOTIN* y sabemos distinguir las exageraciones á que le lleva su carácter satírico, de la moralidad que su crítica encierra; pero su política ni siempre la hemos entendido ni siempre nos ha gustado; y ahora mismo que leemos y releemos el final de su artículo *En qué hemos perdido el tiempo*, dudamos del acierto de nuestro juicio al colocarle en lo que nosotros llamamos el camino recto por ser el más corto.»

Las dudas del colega quedarán desvanecidas en el número del sábado, en que concretaré mis aspiraciones. Podrá estar ó no conforme con ellas, mas tendrá que convenir en que las expongo con franqueza y sin reservas.

«Reciba el colega nuestro parabién, si esa actitud (la que *La Unión* cree nueva) es hija del convencimiento de nuestros comunes extravíos, y si, manteniéndose en ella con ánimo resuelto y olvidando de una vez para siempre las pequeneces y grandezas individuales, se fija exclusivamente en el bien de la madre patria y emplea sus talentos y sus medios de propaganda, que son muchos y de gran valía, en la implantación de la República, no para esta ó la otra agrupación, sino para todos los republicanos y aun para los que no lo son.»

El colega pretende que olvide las pequeneces y las grandezas individuales. Esto no es posible mientras los hombres que están al frente de los partidos no cambien de rumbo y sigan influyendo poderosamente en la suerte de la República. ¿Quiéren esos señores que todo lo olvidemos? ¿Que aquí no haya pasado nada? Empiecen por darnos el ejemplo; demuestren con actos, no con palabras, que se unen para marchar á la reconquista de lo que se dejaron arrebatar; prescindan cada cual un poco de su amor propio, y ¡adelante contra la monarquía! Pero si no lo hacen ¿cómo dejar de atacarlos? Todavía salen ganando con que se les discuta, porque debían estar ya fuera de toda discusión. En manos de los moderados murió el trono borbónico. Hecha la restauración, ni formaron ministerio, ni influyeron en la política. Nosotros, aun después de haber perdido la República, seguimos contando con los jefes. Esto tienen que agradecerlos, y además el que seamos tan inocentes que continuemos empeñados en ganar batallas con generales desacreditados y que por contra no quieren batirse. Respecto al otro punto, diré al colega que por la implantación de la República he trabajado y trabajo, y que me pongo á las órdenes de todo el que vaya por el mismo camino.

«¿De veras quiere *EL MOTIN* que nos unamos los de abajo, como él dice?—Pues pactemos de igual á igual entre todas las provincias por medio de nuestros periódicos; que tiempo hay para ello desgraciadamente. Ni allá ni aquí somos los de abajo—¡qué mal suena esto!—rebaño de inconscientes ovejas sujetas á la honda y á los golpes de cayado.»

¿Y por qué no han hecho ya las provincias lo que *La Unión* propone? Esto es lo democrático, y lo justo, y lo conveniente. Alguien se hubiera anticipado á proponerlo desde Madrid, mas no lo ha hecho precisamente por dejar á la iniciativa de los republicanos de provincias lo que hasta ahora ha sido uso y práctica corriente iniciar desde aquí. Venga esa unión; anticipese de esa manera el ejercicio de las autonomías. Y si el ensayo da el resultado apetecido y se forma un núcleo bastante poderoso